CAPITULO TRIGESIMO TERCERO

Pio IX, la Italia y el Austria. - Efecto de la ocupacion de Ferrara. = La agitacion legal. = Manifestaciones en Florencia y Luca .= Los dos soberanos entran en la via de las reformas.-Las dos ciudades se visitan .- Iluminacion en el camino de hierro .-Guardia nacional toscana. - Gran fiesta de la independencia italiana en Florencia. = Pio IX en Sta. Maria del Pueblo .= Ovacion .= El conde Mamiani .= Banquetes del circulo romano. - Disputa. - Discurso de Ciciruacchio.-Aventura del café DELL Con-VERTITO .= El busto del Papa .= Espedicion del Capo popolo y sus consecuencias.-Nápoles y Turin. =El Papa en la abadia de Subiacco.=Cárlos Alberto entra en la politica de las reformas. Los Austriacos desanimados consienten en salir de Ferrara. =Firmeza y habilidad del Papa.

隐

El gabinete de Viena, ocupando á Ferrara, habia esperado poner termino á las reformas liberales de Pio IX, ó cuando menos circunscribir aquellas reformas é impedir á los Estados vecinos que las imitaran, teniendo suspendida sobre sus gobiernos y sobre sus pueblos la amenaza de una intervencion. La actitud firme de

Pio IX y sus protestas energicas, influyeron mas en las imaginaciones italianas que las bayonetas del Austria. Comprendier on que la regeneracion de los Estados romanos era una cosa sagrada, inatacable: que tarde ó temprano los Estados vecinos obtendrian las instituciones que Pio IX realizaba por su plena y libre autoridad; que para ser fuerte bastaba alistarse bajo su bandera, y adoptar el nuevo sistema de propaganda popular: la agitacion legal.

El lenguage que usaron los representantes de la Santa Sede en Napoles, en Florencia y en Turin, tuvo por objeto hacer ver álos Soberanos de aquellos Estados que el Papa hacia de la politica en que habia entrado un caso de conciencia; que no estaba en el poder de nadie hacersela cambiar, bajo pretesto de que aquella politica podia suscitar embarazos á los gobiernos vecinos; que no tenian por esto que adoptarla, lo que por otra parte consolidaria su autoridad dentro de sus dominios por los nuevos lazos de simpatia y de reconocimiento que se formarian entre sus subditos y ellos y su independencia fuera por la fuerza moral y material que daria á la peninsula entera la unidad de miras y de tendencias y la homogenidad de las instituciones.

Estos razonamientos tan sensatos hallaron desde duego prevenidos los animos. Era necesario triunfar de terrores tradicionales, de preocupaciones de castas y de dinastias. Los enviados de la Sante Sede no obtuvieron mas que promesas vagas para un porvenir lejano hasta el momento en que el panegerista de O' Connell predicó osadamente à las poblaciones italianas la agitacion legal, la agitacion amorosa. Entonces las manifestaciones populares vinieron á fortificar en Toscana en Luca y en Cerdeña, la política de la Santa Sede y el lenguage de sus nuncios. Los principes no dieron ya un paso sin ir acompañados de bravos y esclamaciones á las que se mezclaba el nombre de Pio IX! medio inocente de manifestarles las esperanzas y los votos del pueblo. Cuando las poblaciones supieron la noticia de la ocupacion de Ferrara pidieron en masa ir allá á sostener la independencia italiana. El rey de Cerdeña manifestó á Pio IX sus simpatias; el gran duque de Toscana se acordó de que era italiano de nacimiento; Luca siguió tambien el torrente. La córte de Viena precipitó asi por su violencia el movimiento que queria impedir.

El gran duque de Toscana fué el primero que adoptó la politica popular del Papa. El 4 de Setiembre, despues de una manifestacion llena de dignidad y de mesura, dió á sus subditos 'instituciones analogas á las de Roma.

H

D.

Ting.

Los habitantes de Luca no consiguieron del primer golpe tanta felicidad. Los gefes de un movimiento popular semejante al de Florencia fueron apresados por los agentes de la policia y encerrados en los calabozos de Viareggio. Al dia siguiente se esparció el rumor de que habian sido puestos en libertad, y la multitud se dirigió á aquel punto. Cuando llegaba al puente de S. Pedro, y en el momento en que el principe heredero volvia de paseo, supieron qu aquella noticia era falsa. Al instante rodearon al principe y se formaron en columna para acompañarle gritando Viva Pio IX!

viva el principe! Libertad á los prisioneros! En vano arrancaron los caballos á golpes; los gritos perseguian el carruaje; las ventanas se abrian, y millares de voces salian de las casas pidiendo justicia y libertad.

Por la tarde se puso à la tropa sobre las armas, y numerosas patrullas recorrieron las calles toda la noche. El pueblo permaneció calmado y grave. Al dia siguiente, el ministro presidente del consejo y los principales empleados presentaron su dimision al gran duque retirado en su villa de S. Martino, En fin, una diputación acompañada de gran parte de la ciudad, fué à manifestar al principe los votos de su pueblo; no resistió mas y concedió todas las reformas solicitados en un motu propio, cuyo preambulo es digno de conservarse, porque manifiesta la influencia que la conducta política seguida por el Papa ejercia hasta en el estilo de los soberanos vecinos. He aqui el preambulo:

»Nos, Carlos Luis de Borbon etc.. á nuestros muy amados subditos:

»Queriendo reinar sobre vosotros, no por el temor, sino por el amor, no por la fuerza, sino por los heneficios, os abrimos nuestro paternal corazon. Estamos dispuestos á examinar lo mas pronto posible todo lo que pueda concurrir á vuestro bien, y á daros instituciones semejantes á las que da en este momento el gobierno vecino de la Toscana, á fin de haceros gozar de las ventajas que puedan resultar de ellas. En su consecuencia, os anunciamos que hemos instituido la guardia nacional, cuya existencia ha llegado á ser necesaria para el reposo público, y que ya hemos dado las

ordenes oportunas á nuestro consejo de Estado, que se halla animado de los mejores sentimientos, á fin de que nos proponga, con la mas activa solicitud todas las reformas capaces de satisfacer nuestros justos deseos, y de calmar la ardiente impaciencia en que estamos de haceros felices para el presente, y para el porvenir.»

»Tened pues confianza en vuestro Padre y soberano que quiere sinceramente vuestro bien, y que no se aconsejará sino por aquellos de vuestros conciudadanos que merezcan vuestro aprecio y eleccion.»

Nada bastaria á dar una idea de la alegria y entusiasmo que aquellos primeros sucesos de Pio IX fuera de sus Estados, causaron en Italia. Los habitantes de Pisa, Liorna y Florencia, gracias á sus caminos de hierro, pudieron transportarse inmediatamente á Luca. Los convoyes partian con la música á la cabeza y la bandera papal enarbolada en el primer vvagon. Las gentes del campo, atraidas por el ruido de la música militar á los caminos de hierro, se santiguaban piadosamente al ver pasar aquel estandarte de salvacion que habia venido á ser el emblema de la libertad y de la nacionalidad italianas. Cuando los viageros echaban pié à tierra al llegar à las estaciones principales, se colocaban en pelotones y atravesaban las aldeas y las ciudades cantando el himno de Pio IX; en todas partes eran saludados con aclamaciones freneticas; las señoras agitaban sus pañuelos, los soldados elevaban sus chacós sobre las puntas de sus bayonetas ó de sus sables. El convoy fué recibido en Luca al estruendo del cañon y al ruido de las campanas; toda la ciudad se hallaba

隐

en el desembarcadero. Aquella inmensa multitud desfiló bajo las ventanas del palacio; por la noche las señoras de Luca qui sieron llevar ellas mismas las banderas aliadas en la procesion que volvió á acompañar á los viageros al camino de hierro. Los convoyes no partieron hasta muy entrada la noche: se habian adornado los trenes con faroles de colores, asi es que llamó mucho la atenci on aquel espectáculo nuevo de una iluminacion corriendo á todo vapor por medio de los campos.

En Florencia, la institucion de la guardia nacional dió lugar á una fiesta magnifica: el pueblo, formado en columnas regulares, se dirigió con el mayor órden al Palacio Pitti. Detras de los Toscanos iban los Lombardos, los Romanos, los Luquenses los Sardos y los Modenenses colocados bajo sus banderas respectivas. Todas las provincias y todas las ciudades de Italia estaban representadas en aquella inmensa procesion. Napoles solamente no tuvo alli cabida. Algunos Napolitanos, habian querido llevar su bandera nacional; pero la tenian cubierta con un crespon negro en señal del duelo que pesaba entonces sobre su patria, se rehusó admitirlos, con el objeto de no entristecer aquel dia de jubilo. Detras de los Italianos iban los estrangeros, Franceses, Ingleses, Griegos. Prusianos, Americanos. etc. A cada nueva bandera que aparecia, resonaba en la plaza una nueva salva de aplausos; millares de espectadores se habian colocado en las ventanas, en los balcones, en las azoteas y hasta en los tejados. Parecia que las casas se iban à desplomar bajo los esfuerzos de todos aquellos brazos que se agitaban, de todas aquellas manos que aplaudian, de todas aquellas voces que entonaban á la vez el himne de Pio IX cuando apareció la bandera pontifical. El cortejo empleó hora y media en colocarse; el Gran Duque apareció entonces en su balcon rodeado de su familia: en lugar del uniforme austriaco que siempre usaba, vestia el traje toscano y tenia en la mano la bandera de Florencia. Aquel cambio acabó de trastornar todas las cabezas: los gritos y los vivas al Gran Duque, al Papa, à la Independencia Italiana y à la unidad nacional, se aumentaron, se mezclaron y se convirtieron en una verdadera tempestad de voces humanas. Del Palacío Pitti, la multitud se dirigió á casa del nuncio de Su Santidad, á la embajada de Cerdeña, à los diferentes cuarteles de tropa de linea, y por ultimo al Ghetto. A ejemplo de Roma querian sofocar todas las antipatias, estirpar todas las preocupaciones. La divisa de aquel dia era. La discordia ha perdido à la Italia, como la union la salva y la regenera!

La noticia de aquella imponente manifestacion popular llegó à Roma la tarde del 7 de Setiembre en el momento en que una parte de la poblacion trabajaba en adornar la plaza del pueblo, para el transito del Papa à Santa Maria que debiatener lugar al dia siguiente. Al instante se suspendieron los trabajos, para que todos pudieran ir à sus cuarteles à divulgar la noticia. En adelante los Romanos no estaban solos contra el Austria: tenian de su parte à Luca, la Toscana, y quien sabia si la Italia entera marcharia con ellos! Gritos de Viva la Independencia Italiana! resonaron espontaneamente à aquella idea; se formaron grupos al rededor de

隐

algunas banderas luquenses y florentinas, y la multitud se dirigió à las casas del encargado de negocios de Toscana, del representante de Luca y del de Cerdeña que se vieron obligados á presentarse en los balcones para responder á las felicitaciones de la muchedumbre.

Al dia siguiente 8, el Soberano Pontifice tenia que ir á Santa Maria del Pueblo. Todas las calles por donde debia pasar estaban magnificamente adornadas; colgaduras, banderas, inscripciones y flores cubrian las fachadas de las casas. En la plaza del pueblo, en el lugar mismo en que se elevaba el año anterior el magnifico arco de triunfo, obra de Ciciruacchio y de sus compañeros, estaba colocada la estatua colosal de Pio IX, que habia sido trasportada allí el 11 de Julio. El Papa apareció. En su semblante se leia la satisfaccion que le causaban los cambios sobrevenidos en Toscana y Luca. Atravesó el Corso en medio de los aplausos frenéticos de una multitud compacta. Despues de la ceremonia religiosa, el Papa tomó asiento en un trono que se habia colocado á la izquierda de la plaza enfrente del paseo construido y plantado durante la ocupacion francesa. Al otro lado de la plaza, el vasto anfiteatro del Monte-Piucio desaparecia bajo una muchedumbre cuyos pañuelos, sombreros y cabezas se agitaban á la vez, y cuyas voces se confundian en una sola. En el momento de la bendicion el silencio mas profundo sucedió como de costumbre á aquel tumulto. Pio 1X tomó en seguida el camino del Quirinal, á donde Roma le acompañó para pedirle una segunda bendicion.

Los dias siguientes se sucedieron los banquetes y los regocijos de todas especies. El círculo romano imitó de nuevo à Ciciruacchio á que asistiera á una comida que daba al Conde Mamiani, desterrado del reino. Aquel noble romano rehusaba aun someterse á las condiciones de la amnistia; no habia pedido mas que el permiso de pasar algun tiempo en su patria, y Pio IX no habia encontrado dificultad alguna en concedérselo.

—Y bien! hijo mio, le habia dicho el Papa, quereis pues continuar siendo rebelde con sentimiento de ambos?

—Santo Padre, mi corazon os es adicto; amo, venero, admiro vuestra persona. Pero mi palabra seria á mis ojos mas que un compromiso de no turbar el órden; permitidme esperar los acontecimientos antes de darosla.

Que Dios os ilumine, respondió el Papa; cuando os conduzea hacia mí, los brazos de vuestro soberano se ahrirán para recibiros.

Al fin del banquete se suscitó una disputa entre Orioli y Sterbini, los principales redactores de la Bilancia y del Contemporáneo, se dirigieron palabras bastante agrias, y las personalidades iban á convertirse en amenazas, cuando el Capo popolo se levantó y pidió la palabra:

Señores, dijo, yo tambien he dado comidas, y comidas de dos ó tres mil chaquetas. Todos eramos siempre obreros y artesanos de oficios y de intereses opuestos. Se disputaba tranquilamente, cada uno ha-

cia valer sus razones, pero sin violencia, con la dignidad que los hombres se deben entre sí. Y vosotros, marqueses, principes, banqueros, abogados y sabios, no podeis sentaros quinientos á la misma mesa sin injuriaros y amenazaros! Buen ejemplo dais al pueblo!! Aquel discurso pronunciado con una voz de trueno, con la franqueza y la rudeza del hombre de pueblo, calmó súbitamente todos los ánimos. La leccion sacó los colores al rostro á mas de una persona pero todos la encontraron provechosa.

Florencia no tardó en enviar á algunos de sus guardias nacionales á fraternizar con la guardia civica de Roma. La presencia de aquellos enviados ocasionó en uno de los cafés del Corso una escena bastante original. Un guardia nacional de Roma y otro de Florencia entraron en el café dell Convertito, seguidos de una porcion de gente atraida por la novedad del uniforme. El dueño del café pasaba por ser adicto al partido de los oscurantistas. El hecho es que la mayor parte de sus parroquianos, entre los que figuraba el embajador francés, pertenecian á aquel partido. Queriendo mantener sin duda el buen nombre de su establecimiento, y temiendo que tras de la curiosidad siguiese alguna manifestacion liberal, suplicó á los dos guardias nacionales y á la multitud que fueran á fraternizar à otra parte. Mariani, tal es su nombre, estaba en su casa y fué preciso ceder. Los dos soldados ciudadanos y sus nuevos amigos no tubieron que ir muy lejos para encontrar asilo, la tienda del barbero de enfrente estaba abierta, y entraron en ella murmurando de la

隨

inhospitalidad del dueño del café. Sus quejas fueron oidas. Un hombre del pueblo fué corriendo á avisar á Ciciruacchio lo que pasaba.

-Ah! dijo el Capo popolo, Mariani no se contenta con abrir su café á los oscurantistas, sino que ademas se lo cierra á los guardias nacionales y á los amigos del Papa! Está bien! ahora veremos! y llevando consigo à una docena de hombres del pueblo, se presentó al instante en el Convertito. El busto de Pio IX adornaba una de las consolas del establecimiento. Angelo hizo señas á dos hombres de los que le acompañaban para que se apoderase de él, y arrojando tres piastras, el doble del precio de la escultura, sobre el mostrador. .- Te quito este busto, le dijo, porque no puede permanecer en tu casa! El que á echado á los hijos no es digno de tener en su casa la imagen del padre! En seguida se retiró con sus amigos que llevaron el busto al cuerpo de guardia mas inmediato. La noticia de aquella singular espedicion se esparció al momento por la ciudad, y desde aquel mismo dia, el café estubo desierto. Nadie se atrevia á entrar en él por temor de pasar por oscurantista. Toda la noche estubo el Corso lleno de personas que al pasar dirigian al infortunado Mariani chiflas y sarcasmos. Si algun extranjero, ignorante de la aventura del dia, acertaba á entrar y sentarse á una mesa, redoblaban los silvidos y los gritos de al oscurantista! resonaban sin cesar, y antes de que los mozos hubiesen servido el chocolate ó los helados pedidos, la tempestad de que el consumidor era objeto le hacia desaparecer, y los refrescos

123

encontraban la plaza vacia. Mariani comprendió que estaba perdido.

Confuso, desesperado y no sabiendo que hacer, cerró el café dos horas antes de lo que tenia de costumbre y fué á aconsejarse de sus amigos. Es preciso que veais á Ciciruacchio, le dijeron, y que le supliqueis que aplaque la tempestad popular que contra vos se ha levantado, y que despues de todo habeis merecido. Mariani se presentó en la casa del Capo popolo.

—Que debo hacer, le dijo, para recobrar el busto de Pio IX?

-Es preciso hacer acto de buen ciudadano, le respondió Brunetti.

-Y como?

—Enviando cincuenta piastras á la caja de equipos de la guardia nacional, á quien habeis ultrajado, cambiando la muestra de vuestro café dell Convertito por la del Progreso, y jurando dejar entrar libremente en él á todos los ciudadanos, sin distincion de clases ni de partidos. A este precio prometo reconciliaros con el pueblo, y obligarle á que os devuelva el busto del Papa.

Al dia siguiente envió Mariani al Capo popolo un recibo de cincuenta piastras firmado por el cajero de la comision de equipo de la guardia civica; y encima de la puerta principal de su café, en lugar de la antigua inscripcion, se leian sobre una muestra gigantesca estas palabras grabadas con letras de oro sobre fondo blanco: Caffé del Progresso.

En la noche de aquel mismo dia, la imagen de

Papa, coronada de flores, y escoltada de mas de mil personas y de un piquete de la guardia nacional, volvió á ser colocada sobre la consola del café. Los salones de Mariani estubieron llenos toda la noche, y millares de brindis tubieron lugar en ellos á la salud del recien convertido. Así terminó por una fiesta, un acontecimiento que en cualquier otro pais, hubiera podido ocasionar un desórden. El pueblo, aunque indignado, no habia lanzado una piedra, ni habia roto un vidrio siquiera; se habia contentado simplemente con apoderarse del busto del Soberano.

Mariani ha confesado que el estraordinario consumo de aquella noche y de las que le siguieron le reembolsó largamente de las cincuenta piastras que habia dado á la caja de equipos, y de los gastos de la nueva muestra.

Poco tiempo despues de la visita que los Toscanos habian hecho á los habitantes de Luca, sobrevino la abdicacion de Luis Carlos de Borbon en favor de Leopoldo; Luca con este motivo se encontró unida á Florencia. La causa de la Italia central, estaba ganada; pero lo mas dificil, lo mas importante quedaba que hacer en las dos estremidades de la península. Nápoles habia servido siempre ostensiblemente á los proyectos del Austria, y Turin hacia mucho tiempo que guardaba una neutralidad dudosa sobre todas las cuestiones italianas. Alistados aquellos dos reinos á la causa de Pio IX, podia asegurarse que la unidad y la independencia nacional estaban conquistadas, pero el Soberano Pontifice reconocia tanta falta de voluntad del lado de

Nápoles, como dudas y vacilaciones del de Turin. Animosos é impacientes los liberales de Sicilia y de la Calabria habian tomado las armas en el momento en que Florencia y Luca entraban pacificamente en la política de Roma, y aquella precipitacion habia ocasionado nuevos embarazos.

El gobierno napolitano, exasperado hasta la crueldad, ponia á precio las cabezas de los rebeldes, los hacia fusilar por bandas, y respondia à los mensageros del Soberano Pontifice, que la revolucion era obra suya. El Conde Pedro Ferretti, hermano del cardenal ministro, y el conde Mastai, sobrino del Papa, habian sido encargados en varias ocasiones de ir á catequizar al rev de las Dos Sicilias, pero siempre habian salido mal de su mision. Fernando no queria oir nada mientras durase la revolucion. El Papa se esforzaba en hacerla cesar por todos los medios que tenia en su mano. Recomendaba á los obispos que predicaran la sumision y la paz; suplicando al Soberano, en nombre de Dios, que economizara el derramamiento de sangre y exhortando á los súbditos á la fidelidad y obediencia de su Soberano.

Pio IX aprovechó la ocasion de predicar estas doc trinas á los súbditos de Fernando en su viage á la abadia de Subiaceo, que se habia reservado à sí mismo con el objeto de aplicar las considerables rentas de ella á mejorar las clases populares. Los caminos que conducen á aquella abadia, situada en los límites meridionales de los Estados de la Iglesia, estaban cubiertos de napolitanos, cuando el Papa fué á tomar pose-

sion de ella en cualidad de abad. El entusiasmo de aquellos montañeses groseros fué tal, á la vista del Papa, que en el momento en que montó á caballo para subir á la colina escarpada en que está edificado el convento, el mayor número de ellos se arrojó al suelo à traves del camino para que caminase sobre ellos; pero como Pio IX se detuviese para no pisar aquel pavimento de carne humana, uno de ellos, tomó al caballo por la brida y quiso obligarle á avanzar. Fué preciso que el Pontifice demostrase à aquellas pobres gentes que degradaban su dignidad de hombres, v que lo que hacian era una cosa detestable à los ojos de Dios, para decidirlos á que se levantaran. Todo el tiempo que duró la viajata, Pio IX no cesó de predicarles la paciencia y la moderacion; hizo que se le presentaran los principales de entre ellos, y los empeno á emplear toda su influencia en el sosten de la tranquilidad de sus provincias. Es probable que las poblaciones de las fronteras septentrionales del reino, deban à aquellos saludables consejos la tranquilidad de que han disfrutado en medio de la conflagracion general.

Por lo que hacia á la corte de Nápoles era necesario esperarlo todo del tiempo, de la providencia y del ejemplo; quedaba solo la corte de Turin. En ella habia que luchar, si no contra las preocupaciones personales del principe, al menos contra las de sus mas intimos consejeros. Por largo tiempo se desesperó de conseguirlo, pero allí al menos, el pueblo secundaba las miras del Soberano Pontifice. Los productos de

P

los espectáculos, de los conciertos y de las fiestas se destinabaná la guardia civica de los Estados pontificios; se cantaban *Te Deum* en las iglesias para solemnizar los grandes aniversarios de la vida, y del reinado de Pio IX.

Multitud de veces habia sido propagada y desmentida la noticia de la adhesion de Carlos Alberto á la política papal. Debia ir á Génova, segun costumbre para inaugurar allí la estacion del invierno. Los genoveses, cansados de las tergiversaciones de su soberano, resolvieron, para manifestarle su descontento, salir en masa á las alturas que dominan la rada del lado del sur, mientras que el principe hiciera su entrada en medio de las calles desiertas, por la puerta de Turin. De repente se esparce el rumor de que Carlos Alberto va á dar un mentis solemne á los que habian dudado de sus sentimientos liberales; y casi en el mismo instante aparece aquel acto de aquella política por el que adhiriéndose al sistema del Papa, el rev de Cerdeña completó en el Norte la union de los principes italianos. Génova y Turin tuvieron tambien entonces sus dias de fiestas, sus testimonios de reconocimiento y de amor, en los que el nombre y la bandera de Pio IX recibieron los primeros aplausos, y los mas gloriosos honores.

Tales eran las concesiones que el Austria obtenia de Pio IX por su ocupacion de Ferrara. Florencia, Luca y Turin sustraidas tanto como Roma á la influencia extranjera, Nápoles terrorizada y vacilante con su política absoluta; Módena, Parma y Milan aspirando á la

emancipacion y previendo ya el dia de la libertad; hé aqui lo que la injusta agresion del gabinete de Viena, patrocinada y secundada por bajo de cuerda por la Francia, habia conseguido. Entonces, desesperando de su causa, los enemigos de Pio IX, ensavaron otro sistema. Se exageró la importancia y estension de las concesiones hechas por Leopoldo y Carlos Alberto comparándolas con las nuevas instituciones que Roma acababa de recibir de la munificencia pontifical. Aquellos esfuerzos, puestos en práctica sobre todo por la prensa ministerial francesa, no produjeron resultado alguno para los que los intentaron. Las reformas introducidas en Toscana están puramente copiadas de las de Roma, y vamos á mostrar bien pronto, analizando las bases de la municipalidad y de la consulta, que los romanos no tienen nada que envidiar á las naciones constitucionales.

La verdad es que desanimados los Austriacos, no ocupaban ya á Ferrara si no por una falsa vergüenza, hubieran querido para retirarse, obtener la sombra de una concesion, y el papa no queria hacérsela. Antes de los acontecimientos de Luca y de Florencia, el príncipe de Meternich habia propuesto un programa de reformas, y habia prometido retirar sus tropas si la Santa Sede consentia en conformarse con aquel plan.

—Aceptad, decia el conde Rossi á Pio IX; un programa es una cosa vaga y puede ser facilmente eludido. Aceptad! los austriacos se retirarán al menos. A lo que el Papa respondia con su dulzura acostum-

brada: —Mi programa está hecho; no tengo necesidad ni del suyo ni del vuestro. Que permanezcan en Ferrara todo el tiempo que quieran! no se atreverán á dar un paso mas, y será preciso que tarde ó temprano se vayan de alli.

Esta tranquilidad de espíritu, esta voluntad firme é inalterable en su dulzura, desconcertaban todos los manejos diplomáticos. El Austria concluyó por obligarse á evacuar á Ferrara sin condiciones; retíró en efecto parte de sus tropas, y se limitó á ocupar los puestos principales de la ciudad, aguardando un pretesto cualquiera para abandonarla del todo.

Pero cuando la Toscana abrazó el partido de las reformas, el gabinete de Viena rehusó llevar adelante sus compromisos, echando la culpa de esta ruptura á la Santa Sede. La guarnicion se entregó entonces á toda clase de violencias; muchos súbditos del Papa fueron maltratados, retenidos arbitrariamente en prision. Esperaban precipitar á la Santa Sede à tomar alguna peligrosa determinacion. La actitud digna del cardenal Ciacchi, legado de Ferrara, y la sabiduria del Papa, desconcertaron todos aquellos cálculos. Pio IX se limitó á pedir la ejecucion de la promesa de evacuacion sin añadir á ella la menor reclamacion imprudente, pero reservándose exigir una solemne reparación tan pronto como los austriacos hubiesen entrado en la ciudadela.

Tho: A habla dicho que sa prògrama estaba hecho.
y que la pieserona de los austriacos en Ferrara no le